



EL SEÑOR DE LOS MILAGROS

Hennehnofer Escobar Ossa

EL SEÑOR DE LOS MILAGROS



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Hennehofer Escobar Ossa

ISBN: 979-13-87814-56-4

ISBN digital: 979-13-87814-57-1

Depósito legal: M-14110-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijos Christabel, Naely y Abigail

Señor,
yo soy de América,
de mi América india.
Nací en un territorio
donde no se pone el sol.
Y es por eso que llevo
en mis pupilas glaucas
la gran melancolía
de un ancestral dolor.

Señor,
yo soy de América,
de mi América india.
De España me trajeron
idioma y religión,
pero en mi pecho bulle
la tristeza del inca,
y son el sur y el norte
las estrellas y el sol

Mariela del Nilo

Escuchado de la voz de Ramiro Herrera, Q. E. P. D.

Oponer un mito personal,
válido para mí mismo,
al mundo en que nací,
(el mundo de la oligarquía cristiana)
frente a los mitos impuestos desde afuera y desde arriba,
quise crear mi propia mitología
y esa mitología solo podría realizarla de una forma: escribiéndola.

Carlos Fuentes

¹ Inspirado en las palabras de Julieta Campos, autora de ese ensayo llamado *Un orden en el Caos*, digo, leyente, que, así como el objetivo de la memoria es un acontecimiento que ya no existe, el objeto de la imaginación puede ser algo que nunca ha existido. Por lo tanto, dice la autora, memoria e imaginación amplían grandemente el mundo de la experiencia humana. Por supuesto, el novelista es de una manera singular historiador y poeta, pero sobre todo un inconforme. Según Shakespeare, siempre citado por los autores de novelas históricas, la imaginación del poeta encarna formas de lo desconocido y da a lo que no era nada un lugar y un nombre. Mi objetivo no ha sido diferente que el de darle rienda suelta a mi imaginación, la cual he considerado siempre pura experiencia descarada. No obstante, creo que no ha sido esta imaginación mía menos cínica que la propuesta histórica en la que se nombra a alguien sin nombre, como es el caso de la protagonista de la novela que cuelga aquí debajo. El caso de la india que encontró un Cristo milagroso en el Río de las Piedras, como era que llamaban los españoles que sabían la lengua de los moros al río Guadalajara, no se encuentra detallado en los archivos locales y, si lo está, no son dichos archivos de fácil acceso al público. La referencia al personaje tal vez más importante de un pueblo como el de Buga es tristemente nula. Ni en el cabildo ni en los fondos judiciales existe una referencia siquiera de la lengua que hablaban y

1 Carta al lector hispanoamericano de la época actual.

sus nombres se perdieron para siempre. La historia del evento quizás más importante para la identidad de nuestro pueblo está incompleta u oculta entre solares privados, una vieja academia de historia y un museo que tristemente trabajan por separado. No se sabe a ciencia cierta qué tanto fue quemado o tachado, rasgado y mojado hasta convertirlo en pulpa y mecha. Cierto es que hay conquistadores aún no inventariados que las nuevas generaciones de historiadores están rescatando como naufragios en un tormentoso mar de papeles y moho que se desbarata como despidiéndose entre las manos del leyente, el cual puede volverse loco intentando desmarañar el tipo de letra y la lengua en que fueron escritos.

Es cierto que muchos de los nombres que vinieron y vivieron en América se perdieron para siempre en el olvido y otros se le escaparon al maestro Leonardo Tascón, miope como todos los mortales descendientes de los cíclopes griegos. Luego, tal como dice Julieta, como el historiador se atreve a narrar únicamente después de haber investigado y comprobado la veracidad de los hechos que efectivamente tuvieron lugar, debí comprender tempranamente que la función de esta historia no podía ser la exactitud histórica, sino la recreación afortunada de una época olvidada.

Tal vez con el tiempo muchos creerán que de verdad se trata de una novela histórica y lo creerán porque, como anota Julieta, el historiador se parece mucho al novelista en cuanto seleccionador y rechazador de materiales en la interpretación de lo que ha ocurrido. Novela e historia tienen así, según nuestros maestros latinoamericanos del relato extenso, al tocar la línea del tiempo histórico, una función semejante para el lector, en tanto este se asoma siempre a la solapa en búsqueda del mito, igual que los indios se les acercaban a los acorazados en las playas de los ríos de América.

Mi propuesta es, pues, la búsqueda de un lugar para el encuentro entre lo que la vida hubiera dejado desligado o perdido y vos,

lector. Desde que oí la leyenda por primera vez de los labios de mi abuela, solo he deseado una cosa: negar el caos en el que se encuentra y sustituirlo una vez más por un cosmos. Esta curiosidad fue la que imaginé también en Soto Gabriel.

Los sacerdotes habían logrado superar el relato de mi abuela, el cual era mágico, pero la carencia de los detalles narrados de manera tan bella por ellos me hizo caer por siempre jamás perdidamente enamorado de esa historia ya en la juventud. Esto me obligó a rectificar, a refutar, a soñar si se prefiere, ya que nadie lo quería y, si lo quería, no se atrevía. Fue tratando de contestar las preguntas que me hice desde niño sobre la historia de la india bugai, la cual desde siempre me pareció incompleta, que escribí esta novela mientras leía los textos de maestros como Ospina, Tascón, Rengifo, Echeverry, Salcedo, Valencia y Cuevas, entre otros, a quienes dedico y cito en este trabajo que hubiese sido imposible sin el suyo.

Considero por ello que la empresa ha sido de rescate también, un intento por recuperar lo transitorio, lo efímero de las garras de la muerte. Y al mismo tiempo de convención, de unión de muchas voces bugueñas y vecinas. He intentado volver lo fragmentario, aquello que está en la web, en las revistas de la Academia de Historia y del Museo, en las tesis de las academias e institutos, en los muros de la basílica menor del Señor de los Milagros y en el suelo de su gran avenida, algo más completo y evitar, así sea artificialmente, la dispersión de ese ser tan importante para nuestra historia provincial, tradicionalmente burguesa.

Como es sabido, la ficción trasforma la realidad para revelarla, pues lo verdadero no es siempre verosímil y la historia está contada por los vencedores, según anotó un día George Orwell, autor del magnífico libro *1984*. Sin embargo, poco a poco, Suramérica viene despertando de ese sueño y la sentencia de Orwell parece estar revocándose. Cada vez son más los libros con la «visión de los

vencidos», título de un estudio del mexicano Miguel León Portilla, el cual no podemos dejar de citar. Reconstruir esta leyenda es un esfuerzo por integrar algo del pasado o lo que queda de él con lo tradicional o vigente, lo que posibilita llenar los vacíos que ha dejado el tiempo histórico y su archivo —el olvido—, con resoluciones actuales que bien puedan ser entendidas como repetición, un fenómeno muy regular en la historia tanto a niveles filogenéticos como ontogenéticos. Esta posibilidad de pararse frente abismos y faltas regulares que historiadores y escribanos nos han heredado, tendiendo puentes que expliquen el pasado desde el futuro y no al revés como se nos ha acostumbrado, conforta, al demostrar que narrar no es más que el acto por el cual convertimos el tiempo en mitología. Esto significa también, y gracias por ayudárnoslo a comprender, Julieta, volver siempre, una y otra vez, a una imagen mítica que germina en cada escritor como el origen y la síntesis de su experiencia.

H 2021

² Estimado lector:

Con motivo de los nuevos hoyos a donde se trasladaron los hervideros del manjar blanco en el viejo restaurante propiedad de mi familia, la tradicional Casa Domínguez, ubicada al oriente de la basílica del Señor de los Milagros, solo unas cuadras más arriba de la ermita, he excavado en el patio, un lugar por donde antes pasaba una serpiente de agua, hasta hallarme frente al secreto más antiguo de mi ciudad.

El escriba encargado de transcribir la fundación definitiva de Guadalajara de Buga, Gabriel de Soto, cuya existencia consta según datos obtenidos por el maestro Tulio Enrique Tascón y transcritos en su obra *Historia de la conquista de Buga*, espera, llegada lo que se supone será la hora de su muerte, que su mujer se convierta en pez gorrón y que una copia de la *Revolutionibus Orbium Coelestium*, escrita originariamente por Nicolás Copérnico, llegue a un surgidero de barcos cuya ciudad también fue incendiada por los indígenas hacia finales del siglo XVI.

La historia me pareció alucinante además de valiosa, pues había sido escrita y escondida en una indiana comarca latinoamericana, en Guadalajara (de Buga), que en árabe significa 'río de piedras'. Una ciudad donde en ocasiones ese mismo río intenta recuperar un viejo camino haciéndose gigante, como aquel 30 de noviembre de 1997, cuando su creciente afectó la zona comprendida entre el puente del Derrumbado y el Hotel Guadalajara, en el suroriente de la ciudad.

Aquella vez, el nivel del agua superó los cinco metros de altura en la margen derecha, situación que no se presentaba hacía 17 años, según los lugareños. En este sector también resultaron inun-

2 Carta de quien encontró los pergaminos donde se cuenta la historia del Señor de los Milagros en Guadalajara de Buga, Valle del Cauca, Colombia.

dadas más de cincuenta viviendas, pero a la Casa Domínguez no la alcanzó el desastre. Aquella vez la casa estuvo a unos 180 metros de tocar el agua. Recuerdo que la peor parte de la emergencia se presentó en la zona rosa, sede de los principales establecimientos nocturnos y negocios donde se agencian automotores y repuestos. Hasta el patinódromo fueron arrastrados y destruidos por las aguas quince vehículos y el Comité Local de Emergencia, junto a un grupo de ingenieros coordinados por la Secretaría de Obras Públicas del municipio, realizaron una evaluación técnica del estado de los puentes que unen a la ciudad, actualmente dividida por el río, y decretaron que el puente de la Libertad necesitaba un refuerzo en las bases, posiblemente, una plancha extensa para soportar la sedimentación.

Ningún medio de comunicación, ni siquiera local, esa vez, ni 17 años antes, habló de lo que los *tontos* siempre hablan cuando pasan estas cosas; ninguno se refirió a *la voluntad de esa serpiente por cambiar su curso*. Ningún medio impreso de la época, televisivo o radial, imaginó que el río tuviera voluntad y ni en sueños se les ocurriría pensar en las estrellas y su relación con el fenómeno del Cristo que apareció en ese río y que desde entonces reina en la ciudad donde ocurre el siniestro (inundación) con cierta regularidad. Los secretos de las construcciones de la ciudad antigua casi siempre pasan desapercibidos para el turista y el local, y, aun así, han sobrevivido incluso a un terremoto (el de 1781), el cual no logró quebrar los símbolos más antiguos de la ciudad incrustados en su mágica arquitectura.

La historia que hallé en esa fosa que abrimos en la tierra para cocer el manjar blanco, ese dulce plato tradicional de nuestra región, está escrita en tinta negra, disuelta en vinagre seguramente, con el fin de hacerla indeleble, como era típico en la época. Está contada en catorce capítulos, los mismos en cantidad que las estaciones para los devotos del vía crucis, tal como lo era Gabriel de

Soto antes de convertirse en gorrón, notario y escriba de la carta fundacional y novísimo traslado del municipio de Guadalajara de Buga, quien confiesa, al parecer ya viejo y a lo largo de una noche con su alba, el secreto más oculto del Nuevo Reino de Castilla.

Los pergaminos a los que les he puesto avisos o títulos para recordar los temas que encontré en ellos son una serie de pieles adelgazadas, material del que se sirvieron griegos, romanos y que fue el preferido en los códices medievales. Junto a ellas yacía una frágil caña hueca, cortada oblicuamente en su extremo, al parecer, el cálamo con la que fueron escritos. Yacían en el fondo de una fosa hecha con rocas envueltos en la piel de un venado marcado con los grafos *Katari Rumi*. Todos estaban amarrados con una cinta de cuero. Los he traducido al español latino, cuidando las oraciones que venían en latín y que he traducido también para ti, lector.

He leído en estos pergaminos que el quipu del Ave de la Fortuna, la última voluntad del inca, el cordón que hizo tejer Atahualpa en el cuarto del rescate como último mensaje para sus súbditos y familia, era buscado en América por este escriba oriundo de Málaga. En esta su confesión se confirma la conspiración entre Dios y la naturaleza contra los hombres. En ella, la segunda venida de Cristo acontece en América, ocurre en Buga, la ciudad de los milagros, justo cuando el mundo se ha vuelto contra otro imperio de nuevo. Las atúncelas del Valle de las Lanzas son las amazonas del Bijauca y la muerte del escultor quiteño del siglo XVII conocido como el padre Carlos, hasta ahora sin definirse, es explicada. Se trata, pues, de un viaje, una serie de crónicas y revelaciones, para ser exactos, una travesía por el infierno que fue la conquista de América y su arquitectura hechizada.

Pero no me leas más, juzga por ti mismo. Aquí debajo yacen los restos de la historia jamás contada por sacerdotes y conquistadores. Se trata de los pergaminos que desconocen historiadores y an-

tropólogos, la leyenda por la que hoy peregrinan miles de personas al año a lo que un día se llamara el Valle de las Lanzas. Ahora juzga, leyente, se trata de tu fe, lee.

J. DOMÍNGUEZ
Casa Domínguez 2020

Pergamino I

El quipucamayoc

Más diestra que la espada del conquistador es la pluma del escribano, porque el violento invasor solo ocupa las vidas que en el presente su hierro puede atravesar, mientras que el escribiente puede dominar todas las que después del derramamiento de solo un poco de tinta se someten.

Puede que no esté bien lo que pretendo escribir, sobre todo porque he de sepultarlo una vez levante mi mano de la mesa para abandonar estas tierras, pero teniendo en cuenta las innumerables muertes de los indefensos que no alcanzarán letra en el papel es así como considero que hago justicia.

No se sabe cuántos miles de lunas haría que estas montañas y estos valles fueron habitados por hombres. Más allá de la llegada de los soldados de Ampudia, que acosados por la hostilidad del cacique Jamundí tuvieron que atrincherarse en las barrancas de la Gran Serpiente de Agua que todos llaman ahora Bijauca, época en la que entraron en relaciones con las tribus de la opuesta banda oriental, las cuales halagadas con las cuentas de vidrio y otras ba-

ratijas de Castilla, venían a visitarlos frecuentemente trayéndoles el pescado y la fruta de la región, los orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Sin embargo, confío en que este cabildo no tenga más fundaciones ni traslados y que, así como nosotros hemos logrado aquellos tesoros con los que hemos soñado en nuestra travesía, alguna vez alguien logre rescatar estas palabras de la sepultura, las cuales espero se las aprecie como al oro mismo.

Copio para las autoridades de este pueblo todo tipo de documentos y no se me permite el menor error, y mucho menos la más mínima alteración de lo que se me dicta. Mi obra notarial sostiene y consolida la conquista del Nuevo Mundo, evita o sanciona pleitos entre vecinos, nombra y recuerda los nombres a quienes les fueron dados con fecha y santo, informa, ordena y en ocasiones hasta salva vidas. Como aquella vez que gracias a la prescripción que un chamán dictó a un joven barbado recién llegado al Nuevo Mundo salvó la vida del mismísimo Jorge Robledo, quien estaba inundado de dolor y espanto tras la mordedura de una víbora venenosa.

De este oficio mío hay indicios desde los albores de la vida organizada de los hombres. Invoco, pues, a la fe de todos esos que, desde nuestro lejano ancestro conocido bajo el nombre de *escriba*, en su afán también grabaron o rayaron alguna estela de diorita o tabla de arcilla, papiro o papel en cuarto. Los invoco a todos ellos y les honro con estas líneas que bien podrán juzgar muchos como paganas y que, sin embargo, contienen todo el dolor de mi corazón y el esfuerzo de mis manos por contarte, leyente, antes de que termine esta noche, la historia que cambió el mundo del que yo esperaba escribir en prosa y en verso todos los días una palabra nueva.

En lengua quechua, escribir se dice *qillqay*, y es una lástima que hoy solo deje para ti algunas letras pijas y quechuas cuando pude heredarte una exquisita lista de palabras, las palabras más hermosas que al oído de un ibérico como yo habían llegado y cuyas ma-

nos habían puesto en papel. La lengua de los indios apostados en las vertientes de las montañas que bañan el río Magdalena y del Imperio inca, territorios de mi travesía, están por poco extintas y cierto es que, a mi llegada al Valle de las Lanzas, la de los primeros era la lengua franca en la Gobernación de Popayán. Cientos de dialectos se habían perdido ya para cuando comencé a escribir en el valle y, con ellos, sus desnudos lenguaraces.

Los documentos que escribí fueron esenciales en la organización jurídica y administrativa de este lado del Virreinato. A lo largo de la historia, mi oficio ha oscilado entre funciones contables y la confección de diferentes documentos. Me considero por ello un funcionario público que quisiera, no obstante, se le apreciara, más que por su jerarquía honorífica, por la eficacia práctica de su ministerio y su función vinculada a la autenticidad de las convenciones y a la actividad de consignar de los hombres que ordenan el patrimonio mundano y espiritual su obra en una memoria más confiable que la lengua de los ancianos. Y sí, al igual que en la sociedad típicamente clasista de los faraones del Nilo, los escribas hemos sido también en el Nuevo Reino de Castilla los únicos que, provenientes de las clases plebeyas, conseguimos, merced a un oficio, elevarnos un poco sobre la mísera condición de nuestros semejantes, sin ser soldados ni nobles caballeros. Se supone que evitando el sometimiento y la esclavitud, aunque, en ocasiones como en la mía, sobrellevando una existencia dura en el lugar donde Dios había decidido regresar para hacer justicia con nuestra mano.

Sé leer, llevar cuentas y *qillqay*. Se me encuentra en todas partes al servicio del rico particular, ya sea en el establecimiento del comerciante, ya en las granjas, ya en los palacios o en las chozas y las riberas de los ríos. He anotado obras de ingeniería, recaudaciones de contribuciones, mitajes, encomiendas, solares, antídotos, recetas de platos típicos aborígenes y nombres, muchos nombres, nombres blancos e ibéricos, nombres que ocupan más que el papel y pi-

san la tierra donde desprecian, cortan y machacan otros nombres, nombres que nunca pronunciarás, que nunca conocerás, leyente.

Personalmente, quería escribir un libro lleno de nombres hallados en el Nuevo Reino, nombres de gentes, de plantas, de platillos, de dioses, de cosas que nunca sonarán en tus oídos, leyente, nombres que no retumbarán en tu cabeza como un mosquito a media noche...

Recuerdo por ejemplo que al pájaro que llama a la lluvia en las montañas del sur lo llaman *pukupuku*. Que serpiente es *amaru* y también *katari*. Que *rumi* era el sonido con el que llamaban a la piedra en el Reino del Ave que se extendía casi hasta tierras pijas y muiscas, mientras que los mijas la llamaban *tape* y al arte de arrojarlas, *cumbay*. En quechua, entonces *katari rumi* era serpiente de piedra, aunque para piedra, en esta lengua, según estaba yo coleccionando en mi *Ameridiario*, había varias denominaciones según su uso. Piedra de afilar, por ejemplo, era llamada con la voz *t'upana*. La piedra esférica con la que se muele por fricción el ají la llamaban *uchumuruq'u*, mientras que a otra que sirve para moler por fricción, *qibunana*. A la piedra grande y plana sobre la que se muele, *baranuña*, *batan* o *maran*, y a la piedra labrada redonda con agujero en el medio que utilizaban para el molino, *juypu*. A la piedra pómez o piedra de amolar le dicen *qbasqa rumi*...

Para muchos adelantados que tienen un mismo nombre para tantas cosas que habitan el mundo, los salvajes tienen una confusión y los llaman *tontos*, que no saben lo que dicen. Para los hombres acorazados, domadores de pólvora, su lengua es una confusión digna de pueblos bárbaros que desconocen al único Dios verdadero y hasta los ven como descendientes de la torre de Babel cuando ven sus pirámides y las ciudades que tocan el cielo. Ellos no comprenden que estas gentes son parte de la tierra y que las flores son sus hermanas; que el cóndor y los perros, al igual que

los peces y las serpientes, son sus hermanos. Todos son una misma familia donde el murmullo del agua es la voz de la madre de sus madres y el sol el padre de sus padres, cuya voz se escucha en la fogata de sus noches y lo hondo de sus tumbas.

Lamentablemente, leyente, el colono y sus afanes no entiende que ninguna raza salvaje se civiliza de inmediato o al ritmo de la pólvora. Algunos años deben transcurrir u ocurrir un milagro, tal como me consta, para que dejen sus hábitos repugnantes y sus absurdas tradiciones y abandonen su innata pereza, su falta de caseríos o su dieta, de manera tal que puedan voluntariamente dedicarse al trabajo y las empresas que los blancos estiman.

No sé si merezca por mi confesión que se me pueda llamar intérprete de la ley con una misión religiosa que se mezcló con la de oficial público. No sé si tan siquiera existiré en tu año, leyente, o si me habrán borrado de las páginas de la historia de esta ciudad. En el nombre de Esdras, quien volvió de su cautiverio en Babilonia solo para llevar de nuevo la Torá a Jerusalén, espero que no, en especial por la honra de mi padre y de mi madre, que esperaban de mí la proeza de un Virgilio y no las de un villano.

Te aseguro, leyente, que, en lo sucesivo, en estas hojas te será imposible distinguir entre la ley civil y el precepto teológico, pues en el mundo que me tocó vivir no se respeta la ley y los teólogos conspiran. Hasta el día de hoy, que acaba de apagarse, he servido a tu nación como secretario y actuario, administrador de reparticiones públicas y otras funciones delicadas que espero te ayuden a entender el sentido de otras tantas que, de no estar preparado para verlas, será mejor que mires hacia otro lado, sepultes esto de nuevo y te regocijes en la comodidad de lo que hasta ahora crees.

Los judíos, como sabrás, leyente, conocieron tres clases de escribas: los de la ley, cuyas decisiones recibían con respeto; los del

pueblo, que eran los magistrados de este, y los comunes, que ejercían funciones notariales o de secretarios del sanedrín. Pues bien, en el Nuevo Reino de Castilla todos éramos el mismo en ocasiones y dependiendo de las circunstancias. En momentos de hambrienta soledad en las selvas, por ejemplo, la función primordial del escriba, si no hay cura doctrinal cerca, es la decodificación de la ley en los libros sagrados. Según el Talmud, el que olvida un precepto enseñado por un escriba debe perder la vida.

Mi madre soñaba en Iberia con que me convirtiera en un escriba del rey, cuyo fin principal era autenticar los actos de este. A la mujer le fascinaba imaginarme enterándome primero que todos de los destinos del imperio. A mí nunca me importó escribir para ricos o para humildes ciudadanos que requerían redactar con un poco de finura o en mejor forma sus convenciones. Soy un orgulloso logógrafo. En Grecia, los notarios asumieron directamente la función registradora tanto para los contratos celebrados entre particulares como para las convenciones internacionales. En la Guadalupe de Nuestra Señora de la Concepción de la Victoria de los bugai existieron, durante los años que la habité y me vestí en ella, oficiales públicos encargados de redactar documentos civiles. Estos oficiales públicos eran los notarios; mediocres *apógraphos* que no merecen honor alguno en los tiempos que vienen, pues seguramente habrán cambiado y confundido todo a cambio de oro, indios, tierra o aplauso en la iglesia y las cortes de Santa Fe, Cartagena y Castilla. Lo cierto es, leyente mío, que los escribanos en el Nuevo Mundo hemos faltado al derecho notarial emitido por Ulpiano, el romano, según el cual *constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*, ‘se debe en todo momento dar a cada quien lo que le corresponde por derecho’. En el Virreinato, los escribas y regidores, leyente, perdieron la constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo y cayeron en lo más bajo que puede caer la ley. Sujetos a la máxima del príncipe de las tinieblas, este les ordena en sus escrituras nunca intentar ganar por la fuerza lo que pudiese ser ganado por la mentira.

Por lo que digo y por lo que sé, leyente, a lo largo del Virreinato hubo hasta el día de mi muerte, que es mañana, una multitud de personas quienes de modo parcial estuvieron encomendadas a la función notarial, atribuida y dispersa entre oficiales públicos y privados que faltaban a ese principio romano. Vulgares *tabularius* que se conforman con el dictado que los embarga.

De tanto que escribí y recordé a los griegos, a las funciones de un escriba terminé por dar nombre. Recuerdo el primero de ellos, el que más me intrigaba: *cursor*. Es importante recordar, leyente, que es la pinza que forman el dedo índice y el pulgar la que mantiene el curso de un imperio. El segundo nombre que había elegido para las funciones de un escriba era *logographis*, por la importancia de una excelente grafía o logos con que inmortalizar el alma de los hombres. A la última de ellas la llamé *numerarius*, por recordar la importancia de saber el código numérico que sirve para contar y administrar. La descripción y detalle de este trabajo, el cual quería organizar como libro bajo el título de *Ameridiario*, se perdió en mi travesía por el Nuevo Mundo y lamento profundamente no poder retomar esa escritura al elegir esta noche, mi última noche en América, esta otra historia para contar.

A propósito de escribas y notarios, los cronistas que leía en Málaga afirmaban haber encontrado al llegar al Imperio incaico «escribanos reales y escribanos de pueblo», con funciones idénticas a las que se otorgaban en Europa. Al igual que Alonso X, Atahualpa y sus antecesores habían creado un oficio para asegurar y proteger la buena fe de las transacciones y actos entre los hombres como producto de las relaciones entre ellos en aras de la paz. Y es verdad, leyente mío, que tanto en las Indias como en Europa consideraron indispensable la institución del notariado para garantizar ese intercambio comercial y asegurar que tal tráfico patrimonial no degenerara en lo que finalmente degeneró tras la conquista del

Nuevo Mundo: en fraude, en engaño, en piratería y en expropiación de solares y encomiendas entre hermanos y vecinos. Nuestras manos, las cuales existieron indudablemente como medio destinado a velar por la firmeza de la fe pública, fallaron en su misión, faltando a la verdad o, lo que es lo mismo, inventando una.

Al igual que nosotros, en el Nuevo Reino de Castilla los extintos quipucamayoc, como era que los llamaban en los Antis, estaban a cargo de la estadística, la contabilidad, el control de los hechos históricos y toda la planificación del estado. Auxiliados por sus quipus, tenían que llevar el control de las actividades y registrar los actos importantes de la vida del inca. Llevaban el control estadístico de cuantos iban a la guerra y cuantos morían en ella; de los que nacían y fallecían cada año, así como de las cosechas y hasta de las estrellas. Cómo me hubiera gustado conocerlos y pedirle a Pizarro que no los matara, haber formado un liceo con ellos en una montaña de la que mis hermanos no necesitaran nada. Lastimosamente, el español perdió la cabeza antes de mi arribo al país de los Camellos de Páramo.

Según cuentan los mismos descendientes del Kuntur de la Fortuna, los quipus eran libros de escritura alfanumérica donde los números simbolizaban una consonante de la lengua quechua. Estos tenían una equivalencia con los dibujos geométricos utilizados en cenefas textiles y en la alfarería, que también se convierten en textos de escritura incaica en los que quedaban notas y registros del desarrollo, la adición y expansión de su imperio.

Los *tocapus*, como llamaban a los diseños textiles que, dependiendo de los colores, las figuras y la combinación creaban todo un lenguaje escrito, no solo se empleaban para transmitir el idioma, sino que también se usaban matemáticamente. A causa de su dificultad, se necesitaban varios años de estudio para poder tejer y anudar con facilidad. La vasta preparación que requería el quipuca-

mayoc para desempeñar tan amplia y difícil función se daba en los liceos, llamados *yachayhuasi*. Aquel funcionario no era empírico, sus actividades requerían amplios conocimientos y mucha dedicación, por lo que en todo momento debía estar con nudos en las manos.

La amplia y dedicada función del quipucamayoc, respaldada por sus estudios en los *yachayhuasi*, evidentemente personificaba la fe pública administrativa; el inca tenía mucha consideración y confianza en lo que este certificaba o aconsejaba; de igual manera, el pueblo le confiaba las memorias de los actos públicos realizados con su intervención, encontrando por ello los cronistas españoles similitud entre su función y la de nosotros, los escribanos del Viejo Mundo.

El quipucamayoc grababa la realización de algunos actos jurídicos como los trueques. Cuentan que un día, un quipucamayoc perdió la vida por alterar las cuentas en uno de sus cordones; también grababan la celebración de convenios con pueblos enemigos o tribus sometidas, los inventarios y los actos de última voluntad de un gobernante; como el que yo buscaba por todo el Virreinato, por la que había venido desde La Hispaniola como un sapo saltando de pueblo en pueblo tras alguna pista del mensaje anudado por Atahualpa en el cuarto del rescate.

¿Cuál habrá sido? Nunca lo sabré; lo que sí sé es que los nobles incas debían testar ante el quipucamayoc y expresar los actos de su última voluntad justo antes de su muerte, lo que los convertía en seres mucho más letrados que su conquistador, Francisco Pizarro, quien firmaba con una X los pactos que nunca cumplía.

Los quipucamayoc, al igual que nosotros los escribas del Viejo Mundo, como memoria de sus gobernantes, participaban en la celebración de convenios con pueblos enemigos o vencidos y en la incatización de las zonas sometidas participaban solemnemente. A ellos también los invoco y en su honor contaré esta historia.

En memoria también de aquel escriba del Quzco, lugar donde conocí por primera vez en persona a un quipucamayoc. Uno que enloqueció tras la masacre de su pueblo y vivía refugiado en un árbol donde lo tenían amarrado haciendo nudos de distinta clase, los cuales cambiaba con los barbados y sus damas, quienes tomaban sus quipus con agüero, rústica superstición o sonriente desprecio. Aquella vez empecé a caminar por las calles y un sonido tan parecido al de una gaita me hipnotizó a tal punto que me fue imposible no seguirlo hasta encontrarlo. No sabría decirte, leyente mío, qué fue más triste: ver sus nudos hechos con dedos a los que les faltaban uñas o las falanges, que, molidas por la desesperación, direccionaban su oración en los hilos que intercambiaba por comida. Tal vez fue su canto, el canto de un quipucamayoc que lo había perdido todo y no tenía ya quien leyera sus mensajes, lo que quebró mi corazón. Verlo allí sin lectores, pero también sin dictadores, me conmovió profundamente; su lamento se perdería con su canto en esas gargantas de los antis para siempre.

Dicen en el Quzco que este venido a menos escriba del Reino del Ave se presentó muy triste a trabajar una vez comenzó su encomienda, la cual consistía en pegar ladrillos en una catedral, y entristeció a tal extremo que terminó como lobo aullándole a la luna amarrado en ese árbol, donde de vez en vez lo azotaban para dar ejemplo a los transeúntes. Su pecado era haber estudiado en los liceos yachayhuasi el lenguaje de los quipus y no el latín en los templos de Europa, sin más oficio ahora que el de escribir cosas que nadie entendía en su mundo actual, invadido por gente acorazada. En su nombre y en el del quipu que llevo siempre en mi muñeca derecha desde el día que lo conocí y que hoy dejaré amarrado a los pergaminos que tienes en las manos, leyente, escribiré también la versión de la historia que pretenden olvidar con mi muerte.

Desde el primer momento que los españoles llegaron al Nuevo Mundo estuvo presente la institución notarial. Quien hizo el acta y dio fe de haber llegado a las Indias fue Rodrigo de Escobedo, primer escribano del Nuevo Mundo. Tal vez tengas noticias de él, leyente, y su acto de trascendencia notarial relacionado con la celebración del contrato entre los socios de la conquista en 1526, año del Señor. Los escribanos han sido casi siempre hombres que integran las expediciones sin título alguno, medio soldados y medio letrados, manejando la pluma y la espada con aliento aventurero. Imagínate así, leyente, pues así abandoné mi casa en España cuando era un niño. Sin embargo, me resisto a morir grafiando dictados o simples testamentos, transacciones o actas de fundación; y es por eso que esta, mi confesión más sincera, mientras avanza la noche, porta una opinión más fiel de los hechos que en este nuevo villorrio se han escrito.

Mi nombre, si acaso llegase a importar, es Gabriel de Soto, y fue escrito por primera vez en una iglesia de Málaga en el año del señor de 1516. Es un nombre de origen hebreo, la lengua santa. Considerado celestial, este es el nombre de uno de los ángeles cuyo significado es 'fuerza de Dios'. Para mi padre, la fuerza de Dios es la palabra, y de niño, a veces de cariño me decía Trompeta de Dios, pues su equivalente en árabe, de donde proviene también la palabra *guadalajara*, es *gibán*, que significa 'el anunciador'. Y es precisamente lo que vengo a hacer, leyente mío. Vengo a anunciarte el texto apócrifo que nunca se leerá en el púlpito de la Ermita del Señor de los Milagros.

No sé cuánto ha de pasar desde el momento en que sepulte este manuscrito y tus manos, leyente. Lo que sí sé es que los secretos que revelaré en estas líneas son un venablo directo a la fe establecida en estas tierras, y tal vez, una vez leas esto, aquello que estimas sagrado se rebaje a mundano. Quizás la evidencia de tu confianza se desvanezca y serás tú el que decida si este testimonio merece prevalecer o no.

Cuando se es un escribano, no se tiene una vida propia, este es el oficio de quienes pierden su vida inmortalizando la de otros, característica que distingue también al soldado del escribiente, pues el oficio de este último respeta la vida de los demás, sin importar si son enemigos o amigos, ya que, para sus fines, cada uno en su calidad de lector es importante y necesario.

Afilar toda clase de cálamos para diferentes tipos de letras y preparar las tintas y los pergaminos son las actividades que me ocupan cuando no escribo. Como debes saberlo, lector, un documento hermoso y justo, que logre respeto, es tarea que merece esfuerzo y requiere tiempo; sin embargo, esta noche es todo lo que tengo antes de partir, siendo ya un viejo, y mi esfuerzo debe ser máximo y óptimo.

¡Vaya que pasa rápido el tiempo...! Mi trabajo encorvado sobre el papel recompensado con tierras y oro no me dejó muchas temporadas libres desde que llegué al caserío que era este cabildo hace años. Espero comprendas, leyente mío, que si una fuerza mayor al sueño, al miedo y al hambre se ha apoderado de mí para escribir justo bajo esta luna, es porque sobre mí recae la culpa del testigo cobarde y el cómplice hipócrita recluso en un cuarto lejos de las contiendas. Sé que mi pose como escribano delata mi quehacer, más no mis intenciones, y aunque pude adelantar un trabajo más detallado con anterioridad, era una tarea que me hubiera llevado, cuanto menos, al destierro deshonroso.

Mi casa, construida en el reubicado cabildo de Guadalajara de Buga, unas cuatro calles arriba de la ermita, construida donde antes era el humilde bohío de una bugai de quien quiero contarte su historia esta noche, está siempre ocupada por quienes me dictan o me ordenan. A mi mujer la veo cuando trae mis alimentos y a mi esclavo le oigo desde cualquier lugar de la casa, siempre aten-

to a ayudarme con los cálamos, las plumas, las tintas, el papel y a aprender toda la filigrana de la lengua escrita, la cual le enseñó. Me detuve en estas tierras porque el amor a una mujer indiana me brotó aquí y con el tiempo y el trascurrir de las selvas la vieja Europa se fue quedando atrás con nuestros muertos. Difuntos amados, leyente... Las migajas de pan se vuelven hongos en el bosque.

En este momento, dos pelícanos armados vigilan la entrada de mi casa y dos más aguardan en los solares. No es mi integridad la que cuidan, es la salida al río y mis carruajes, pues custodian con celo el secreto que mi mano esta noche está revelándote. Hasta ahora, cuando he copiado solo he pensado en las letras, evitando que el contenido de lo escrito me afectara, pero esta noche es diferente y la letra es lo que menos importa, siempre y cuando la ratifique legible y respete el principio *logógrafis* que tanto he profesado.

Muchos en este cabildo no me respetan, pero me buscan y tratan de mostrarse amables cuando necesitan de mis servicios. Son gente con la que no comparto una cosa: el trato hacia sus próximos. Se trata de soldados que quieren escribir a la amada o a sus padres mientras limpian de sus espadas la sangre de otros padres y otras amadas. En especial, quienes más me ocupan son el alcalde, el cura doctrinal y los regidores. Ahora mismo están pendientes de mis movimientos. Saben que una sola hoja sin control rodando por ahí puede traer muchos problemas y, aunque la mayoría de la población es iletrada, los pocos que hay pueden poner en riesgo otra vez la ciudad cuyo dueño ahora es el Señor de los Milagros. Son tiempos donde el demonio se cuelga relicarios en la cintura cuando no una espada afilada que empuña sin piedad.

Aunque no estoy sometido a ninguna amenaza directa, el peligro existe y no viene de los indios. La preocupación que tienen por mí es totalmente comprensible, soy el último letrado señor español portador de un secreto tal que va no solo a cruzar el mar, sino la

fe cristiana caída en idolatrías, uno de los delitos considerado por la santa madre Iglesia más graves y condenables en todo el reino desde que se instaló la Inquisición en España en 1478 con el tribunal eclesiástico, que teniendo competencia solo sobre cristianos bautizados, al no existir libertad de culto ni en España ni en sus territorios dependientes, extendió su jurisdicción a la totalidad de los súbditos del rey, principalmente hacia indios y negros.

Sería muy ingenuo creer que en tierras donde Pizarro murió a manos de sus compañeros y Quesada desterrado de su propia conquista mi suerte será diferente. Me conforma saber que el poder de la pluma es más certero que el de la espingarda y mucho más fácil de ocultar.

El beso del prior Ochoa después de la cena fue el beso de Judas, lo sé; y su encargo de oficios para primera hora mañana hacía parte de su ardid para mantenerme ocupado e incomunicado. Mañana, las cosas que llevaré conmigo serán pocas y todo papel diferente al de mis cédulas reales y las cartas firmadas por el prior será quedado como garantía de que no lleve o deje pruebas de lo que aquí hicimos en el nombre de Dios. Sé que no alcanzaré mi destino y, una vez caiga mi cálamo, caerá su mano. Sobre mi casa se cierne la maldición del griego traidor y del conspirador romano que corre por nuestras venas.

Juro, leyente mío, que primero fue por miedo a la guerra y luego fue por el horror que despertó en mí la idea de perder a mi familia tanto en España como en América, que un quipucamayoc egipcio como yo no se atrevió a escribir sobre esto nunca antes y aplazó su viaje de regreso a casa por tanto tiempo. No te lo negaré, leyente, que ese silencio fue también garante de grandes utilidades y miles de indulgencias que hicieron por años tolerable la culpa por el pecado cometido. Hoy por fin hemos decidido como familia cruzar el mar. No creo que lo logremos.

Durante el día he procurado trabajar con la mano derecha, esperando que la izquierda me sirviera esta noche bajo el candil. Ahora te pregunto, leyente mío: ¿has oído hablar del Señor de los Milagros?

